

gracia, y veía gemir y sollozar á los suyos, que no debian extrañar lo que le sucedia, pues era uso de guerra vencer y ser vencido.

La codicia, tan poco disimulada de los españoles en aquellas regiones, le dió al instante esperanzas de libertad, y á pocos dias de estar preso empezó á tratar de su rescate con sus vencedores. Ofrecióles al principio que les cubriría con alhajas de oro y plata el piso del aposento en que estaba, que era bastante espacioso; y como ellos lo tomasen á burla, y se riesen de la oferta como de cosa imposible, se levantó en pie, y alzando la mano cuanto pudo hizo una señal en la pared, y dijo resueltamente, que no solo cubriría el suelo, sino que le henchiría tambien hasta allí. Venia á tener el aposento veinte y dos pies de largo, y diez y seis de ancho, y la altura á que el Inca hizo su señal era de mas de tres varas. Entonces el gobernador, viendo que no era de despreciar el tesoro inmenso que se le ponía delante, y creyendo que era preciso contentar, aunque fuese solo en apariencia, las esperanzas del Inca para apoderarse de aquella riqueza, le dió su palabra con la firmeza que Atahualpa quiso, de que le dejaria libre en el momento que él cumpliese lo que acababa de ofrecer. Dada y tomada esta fe por los unos y por los otros¹, echóse una raya roja en toda

¹ Herrera dice positivamente que Pizarro dió su palabra con propósito de no cumplirla. Paréceme que no sería esta una de las imputaciones menos negras con que ha sido manchada la memoria de aquel conquistador. Pero, sin hacer de sus prendas morales mas aprecio del que ellas merezcan, podría lavársele de este exceso de perfidia, y decirse que su

la pared del aposento á la altura que el Inca señaló; y al instante envió mensageros á los principales pueblos de sus estados mandando que cuanto oro y plata hubiese en los templos y en sus palacios se enviase al instante á Caxamalca para el rescate de su príncipe. A este mandato añadió otro no menos esencial, que fué el de que no se tratase de mover guerra á los castellanos con los cuales no le convenia sino la paz, y que en todas partes fuesen obedecidos y respetados como él mismo.

Puede venirse en conocimiento del estado en que se hallaba la subordinacion y policia del pais, y de la manera con que las órdenes de los Incas eran cumplidas, con el caso de los tres españoles, que á ruegos del Inca fueron enviados al Cuzco para ordenar y activar la remision de aquellos tesoros. Pizarro accedió á ello con el doble objeto de que aquel negocio particular se llevase adelante, y de ser exacta y cumplidamente informado de las cosas de la capital. Nombró con este fin tres soldados particulares, que fueron Pedro Moguer, Francisco Martinez de Zárate, y Martin Bueno; los cuales llevados en hombros de indios, reclinados en hamacas, anduvieron las doscientas leguas que hay de Caxamalca al Cuzco, no solo sin peligro, pero seguidos del respeto y reverencia de todo el pais, y regalados y agasajados con todo lo mas rico y lisonjero de la tierra: ellos se dice que iban

codicia satisfecha con las ofertas del Inca, le hizo entonces ofrecer de buena fe, lo que despues ó no quiso, ó no pudo cumplir. Herrera quiere á toda costa hacer de Pizarro un gran político, aunque sea á costa de hacerle mas malo.

admirados de la buena razon de los indios, del buen orden que tenían puesto en sus casas, del aseó, comodidad y abundancia de sus caminos. Llegaron á la ciudad, y debió sin duda acrecentárseles la admiracion con el arreglo que hallaban en ella, con la riqueza de sus templos, y con la policia de sus artes. Los agasajos, los aplausos y los respetos fueron mayores allí: creíanlos seres superiores á ellos, hijos de la divinidad, venidos para remediar los males que sufría entonces el Estado. Las vírgenes del templo los servian, humillábaseles los sacerdotes, y todos los demás los adoraban. Y ¿cómo correspondieron estos insensatos á aquella buena fe, á aquella benevolencia, á tan alta estimacion? ¿De qué manera supieron conservar este concepto y buen nombre, en que tanto iba á su nacion y á ellos mismos? Mofándose con risa y escarnio de las reverencias que aquella simple gente les hacia, sacrificando á su desenfrenada lujuria el pudor de las vírgenes que los asistían, echando mano á cuanto su codicia anhelaba, cometiendo toda clase de sacrilegio en los templos, de indecencia y groseria delante de los hombres, dieron á entender fácilmente á los indios que, en vez de ser hijos de Dios, eran una nueva plaga que para su daño les enviaba el cielo. Dudaron si los matarian: el respeto de Atahualpa los detuvo; pero procuraron aligerar cuanto antes la remesa del oro que se les pedía, y con él los despacharon á Caxamalca, y así se libraron de ellos. A vista de tan insigne ejemplar, acaso singular en la historia, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la temeri-

dad, si la insolencia, ó si la groseria, se podría preguntar cuáles eran los bárbaros aquí, si los europeos ó los indios, y la respuesta no es dudosa. Cúlpase mucho á Pizarro por esta desatinada eleccion que comprometia en tanto grado los intereses y el honor de la nacion castellana en aquellas regiones; y á menos que lo hiciese ó por la confianza que tenia de estos hombres para la comision que llevaban, ó por estar mas diestros en el lenguaje del pais, ó en fin, por cualquier otra causa particular que ahora se nos oculta; la acusacion queda sin réplica, y es otro cargo que la posteridad tiene que hacer á su memoria ¹.

De cualquiera modo que fuese cometido aquel yerro, el resultado inmediato que tuvo fué el de ocultar los indios en el Cuzco cuanto oro pudieron en odio de los castellanos, y hacer lo mismo despues en Pachacamac. El templo de este nombre era el mas rico de todo el Perú, y la codicia de adquirirlo, y el rece-

¹ Debe tenerse presente que Gomara dice que fueron nombrados para esta comision, ó, por mejor decir, se ofrecieron á ella, Hernando de Soto y Pedro de Barco, y que estos se encontraron en el camino con el Inca Huascar, á quien traían preso los generales de Atahualpa, y que habiéndoles pedido que le tomasen ellos consigo, y le llevasen á Pizarro, ellos se excusaron con su comision &c. Con él conviene Zárate; pero Estete habla de tres enviados al Cuzco, sin decir sus nombres: Hernando Pizarro en su carta está conforme con él; Pedro Sancho en su relacion supone á Hernando de Soto en Caxamalca, mientras los tres emisarios castellanos estan en el Cuzco. Es preciso, pues, seguir á Herrera, aunque con el sentimiento de tener que repetir los desórdenes que cuenta. La comision, por otra parte, encargada á Hernando de Soto fuera desempeñada mejor.

lo de que se dispase con las disensiones civiles que habia en el imperio, movieron á Pizarro á pedirsele á Atahualpa. Vino él en ello, pero con la condicion de que el tesoro que de allí se trajese debia entrar á llenar su cupo en la estancia del rescate. Tomado este asiento, el gobernador nombró á su hermano Hernando para que, acompañado de veinte hombres de á caballo y doce escopeteros, fuese á cogerlo, y al mismo tiempo á reconocer la tierra, y saber si eran ciertas las reuniones y asonadas de guerra que se contaban de los indios. Salió con efecto aquel capitán á principios del año de 1533, y en las cien leguas que anduvo desde Caxamalca á Pachacamac, no encontró mas que indios pacíficos y tranquilos, ó bien los que cumpliendo las órdenes del Inca iban cargados de oro y plata á Caxamalca. Mas antes de que estos españoles llegasen á Pachacamac, ya les habia precedido allí la noticia de las demasías y escándalos cometidos en el Cuzco; y los sacerdotes del templo, no queriendo dar lugar á semejantes desórdenes, ni á que se despojase de sus riquezas aquel antiguo y venerado santuario, sacaron de él y escondieron todo el oro y plata que les fué posible. No contentos con esto, apartaron tambien de allí las vírgenes del Sol para no exponerlas á la desenfrenada lujuria de aquellos insolentes extrangeros. Por manera que, cuando Hernando Pizarro llegó, ya el templo estaba despojado de sus mejores preseas. No fueron tan pocas, sin embargo, las que no pudieron alzarse, que con ellas y los presentes que le hicieron los caciques comarcanos, no trajese á Caxamal-

5 de
Enero de
1533

ca veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata.

Tanta riqueza podia contentar á la codicia: pero todavía los castellanos pudieron complacerse mas de ver venir con él al guerrero Chaliquichiamá, el primero de los generales de Atahualpa, y por su valor, su capacidad, su crédito y sus servicios, la segunda persona del imperio. Hallábase en Xauxa al frente de unos veinte y cinco mil hombres de guerra, cuando Hernando Pizarro llegó á Pachacamac. Sus intenciones eran dudosas, y el capitán español conoció al instante la importancia de reducir á la obediencia á un hombre de tanta autoridad, y la necesidad de tenerle siempre á la vista para quitar toda ocasion de inquietudes y novedades. Fiado, pues, en las disposiciones pacíficas tomadas por el Inca, y todavía mas en su arrojo y su valor, avanzó con su pequeño escuadron otras cuarenta leguas mas para avistarse y conferenciar con él. El indio receló al principio y estuvo dando largas por algunos dias. Mas tales fueron las artes de Hernando Pizarro, tales las palabras y seguridades que le dió, que Chaliquichiamá al fin se vino á juntar con él, trayendo consigo algunas cargas de oro que habia juntado para venir á Caxamalca. Llevado en andas, seguido de indios principales, atentos á sus órdenes; en el séquito y cortejo que traía, y en la ostentacion y riqueza que llevaba, se mostraban bien claros el honor y la dignidad que alcanzaba en aquella monarquía. Pero este soberbio sátrapa luego que llegó á las puertas donde estaba preso el Inca, no entró por ellas sin des-

calzarse primero los pies, y echar sobre sus hombros una mediana carga que tomó de un indio, costumbre usada en el país en demostracion de sumision y respeto. Y cuando, en fin, estuvo en presencia de Atahualpa, alzó las manos al Sol como en accion de gracias de dejarle ver á su príncipe: llegóse á él con todo acatamiento, besóle el rostro, las manos y los pies, y lloró y lamentó aquel desastre y afrenta, la cual, exclamaba, no aconteciera á su señor, á hallarse entonces él en Caxamalca. Notaban los españoles con extrañeza y maravilla aquellas señales de lealtad y sentimiento en personage tan principal, y en situacion como aquella, y se admiraban todavia mas de ver á Atahualpa, que sin perder un momento su entereza y gravedad acostumbrada, recibia magestuosamente aquellos respetos, y sin contestar palabra alguna se dejaba acatar y reverenciar como un Dios.

Antes de que Hernando llegase, vinieron dos sucesos á alterar considerablemente la situacion en que el Inca y los castellanos se hallaban, y contribuyeron en gran manera al desenlace trágico en que vino á terminar. La una fué la muerte del Inca Huascar á quien los generales de Atahualpa, despues de vencido, enviaron vivo á su señor para que dispusiera de su suerte. Tuvo él aviso de esta ventaja y de que su hermano venia, á poco tiempo de su rota y prision en Caxamalca, y dícese que no pudo menos de reirse de los caprichos de la fortuna, diciendo que en un mismo dia le hacia vencido y vencedor, prendedor y prisionero. Mas viniendo despues á considerar lo que debia hacer en

este caso, y temiendo que si Huascar era traído á los españoles, podia mejorar su partido haciéndoles todavia ofertas mas grandes que las suyas, y tal vez contribuir á completar su destruccion con la ventaja que le daban su legitimidad, su juventud y su misma inexperiencia, determinó quitar de enmedio este estorbo, y sacrificar la naturaleza á la política, mandando que le diesen muerte. Mas antes de ponerlo por obra quiso, segun se dice, experimentar con qué ánimo tomaria Pizarro la muerte de aquel príncipe. Para ello fingió tristeza y afliccion, y preguntándole la causa respondió, que sus capitanes, despues de haber vencido y preso á su hermano, le habian muerto sin conocimiento suyo, luego que habian sabido que él estaba prisionero: lo que le causaba mucha pesadumbre, porque al fin, aunque enemigos y émulos en el imperio, siempre eran hermanos. El gobernador le consoló diciendo, que aquellos eran trances de fortuna á que estaban sujetos los acontecimientos de guerra; y no hizo mas demostracion de imputarle aquel negocio, aunque tal vez en su interior daba gracias á la suerte que le libraba así de uno de sus enemigos, por la mano misma del que tenia en su poder. Vista por Atahualpa esta especie de indiferencia, envió la órden cruel, y el desdichado Huascar implorando la justicia del cielo y la fe de los hombres, quejándose á gritos de la iniquidad de su hermano, y votándole á la venganza y castigo de los españoles, murió ahogado por los ministros de su rival en el rio de Andamarca, y echado la corriente abajo, para que su cadá-

ver no fuese encontrado ni sepultado. Manera de muerte muy cruel, pues según la superstición de aquellas gentes, eran destinados á condenación y pena eterna los ahogados y quemados que no recibían sepultura. Este príncipe, que apenas tenía veinte y cinco años cuando murió, era bueno, clemente, liberal, y por lo mismo muy amado de los de su bando; pero sin experiencia ninguna en la guerra ni en los negocios, era incapaz de sostenerse contra su émulo, mas activo, mas valiente, mas capaz, y asistido de los mejores soldados y generales del estado. La victoria estuvo por Atahualpa: mas por quien estaba la razón y la justicia, no es fácil decidirlo ahora, si bien los españoles entonces, todos á boca llena, se la daban al príncipe del Cuzco. Así era natural que lo hiciesen los que poco despues pusieron esta muerte como cargo capital en el proceso que fulminaron contra su desgraciado vencedor. Sin insistir mas en esta cuestión, ya por lo menos inútil, lo cierto es que uno y otro pagaron bien cara su sangrienta discordia, y que el fin trágico que ambos tuvieron, y la ruina total del imperio y religion peruana, fueron el fruto amargo de sus funestas querellas, y del error cometido por su padre en la particion de la Monarquía.

La otra novedad ocurrida en este tiempo fué la llegada del capitán Almagro al Perú, y su pronta venida á Caxamalca. Venía ya condecorado por el Rey con el título de mariscal, y traía cuatro navíos y doscientos hombres consigo, entre ellos varios oficiales excelentes que venían de Nicaragua con Francisco de Godoy á

servir en el Perú, y se pusieron á las órdenes de Almagro en el camino. Parecía ya signo de estos dos antiguos compañeros y descubridores que no pudiesen estar juntos sin rencillas y desconfianzas. Apenas Almagro llegó á San Miguel y se puso en comunicacion con el gobernador, cuando á éste se dijo que su amigo con mas fuerza y poderío tenía á menos juntarse con él, y pensaba buscar otros descubrimientos y conquistas por sí solo. A Almagro querían persuadir que el gobernador trataba de quitarle de en medio, y le inducían á que se guardase y cautelase de sus asechanzas. Esta vez á lo menos supieron uno y otro corresponder á su dignidad y á sus mutuas obligaciones. Pizarro envió mensajeros á su amigo, dándole el parabien de su venida, y rogándole que se apresurase con los caballeros que le acompañaban á venir á juntarse con él, y á participar de su buena fortuna. Almagro, enterado de que el origen de aquellos schismes venía de una falsa relacion enviada por un Rodrigo Perez, escribano de oficio, y que le servia de secretario, le hizo proceso como abusador de su cargo, y le mandó ahorcar por su mala fe y alevosía. ¡ Dichosos los dos, si se hubieran conducido siempre con igual franqueza y resolucion! Hecho esto, Almagro con sus soldados se puso en marcha para Caxamalca, á donde llegó sin encontrar impedimento alguno en el camino, antes bien toda buena acogida, servicio y agasajo de parte de los indios. Salió á recibirle el gobernador, y haciéndose ambos las demostraciones de gusto y de cariño propias de su amistad antigua, entraron en la ciudad,

14 de
Abril
de 1533.

donde al instante el mariscal pasó á hacer reverencia al Inca, y como á ponerse á sus órdenes. Él aunque probablemente se doliese en su interior de que el número de sus enemigos se aumentase, le recibió con el mismo buen semblante que á los demas castellanos. Todo se presentaba allí entonces con aspecto tranquilo y agradable á los españoles y al príncipe prisionero: reinaba entre ellos la confianza, y reinaba también la alegría: él tenia la esperanza de verse pronto en libertad, ellos la perspectiva del poderío y la opulencia.

25 de Mayo de 1533. Llegó de allí á poco Hernando Pizarro con las riquezas del templo de Pachacamac, y con el general peruano. Saliéronlos á recibir el gobernador y los principales capitanes del ejército, mas á la vista inesperada de Almagro no pudo el orgulloso Hernando tener la rienda á su aversion antigua, llegando á tanto la demostracion de su disgusto, que ni le cumplimentó, ni le saludó tampoco. Pesó á todos de esta grosería, y mas al gobernador que le reprendió de ella cuando estuvieron solos; y en seguida pasaron á la estancia del mariscal, y excusándose el recién venido del descuido usado con él, Almagro recibió las disculpas con su buena fé y facilidad natural, y aquel sinsabor quedó entonces desvanecido, á lo menos en apariencia. Incidentes pequeños á la verdad, pero absolutamente precisos para pintar el carácter moral de los personajes históricos. En la narracion presente todavía son mas indispensables: pues estas rencillas, aunque leves, son las chispas que forman despues el grande incendio en

que vienen á ser abrasados todos los actores de este drama triste y sangriento.

Segun llegaban las cargas del rescate á Caxamalca, se iban poniendo en un sitio señalado á este fin, y custodiado con una buena guardia. Las distancias eran largas, las cargas pequeñas, la estancia espaciosa, y por consiguiente hacia poco bulto á los ojos de los codiciosos castellanos. Impacientábanse ellos de ver que tanto tardaba la reunion del tesoro prometido, y temian que se les desvaneciesen como humo las esperanzas de oro que centelleaban en su acalorada fantasia. Alguna vez echando al Inca la culpa de la tardanza, y sospechando que esto lo hacia para dar lugar á que se alborotasen las provincias y los castellanos fuesen destruidos antes de recibir su rescate, proponian que se le diese muerte y se saliese de una vez del cuidado y susto en que los tenia: peligro de que entonces salvaron á Atahualpa los respetos de Hernando Pizarro, que se opuso siempre á que se le ofendiese.

Señalábanse en esta impaciencia los de Almagro, como creyéndose acreedores á la parte de aquel rico botin; y tambien los oficiales reales, que dejados prudentemente por Pizarro en San Miguel, se vinieron con Almagro á Caxamalca, para entender en las atenciones de sus encargos respectivos, y hallarse presentes á la reparticion de los despojos. Mas cuando los castellanos vieron llegar la muchedumbre de indios cargados con los tesoros del Cuzco, y que acumulados á los que allí habia, el monton se agrandó, haciéndose de repente mayor que su

codicia, entonces á la impaciencia que antes tenían porque se llegase á reunir, sucedió otra impaciencia mas viva, que fué la de disfrutar. Y aunque segun toda apariencia no estuviese lleno aun el cupo prometido por el Inca, empezaron á pedir á voces que se repartiase al instante ¹. Quiso Pizarro satisfacer este deseo, que era por ventura igual en gefes y en soldados, y á todos estaria bien. Mas antes era preciso allanar la dificultad que ofrecian las pretensiones de los de Almagro, que querian entrar á la particion como los que habian venido primero, y desbaratado al Inca en Caxamalca. Para la igualdad no habia razon, mas dejarlos tambien sin nada era poco cortés y aun peligroso. Habido pues su consejo los dos generales con los cabos principales del ejército, se acordó que se sacasen del monton cien mil ducados para los de Almagro, con lo cual se dieron por contentos, y se procedió sin estorbos á la distribucion.

17 de junio de 1533. Ejecutóse esta con la mayor solemnidad. Pizarro hizo constar judicialmente la autoridad y facultades que tenia por las provisiones reales para que estos repartimientos se hiciesen segun los servicios y merecimientos de cada uno, á juicio del mismo gobernador; y pidiendo for-

¹ Los historiadores no dicen que se hiciese la prueba de si el tesoro llegaba hasta la raya colorada que se extendió para señal. Herrera se contenta con decir vagamente: *Llegado el tesoro del rescate del Inca*, etc.: Gomara asegura mas positivamente que los españoles dieron prisa, á que se repartiase antes de que se acabase de juntar, por temor de que los indios se lo quitasen, ó cargasen mas españoles antes de distribuirlo y hubiese que partir con ellos.

malmente el auxilio divino para guardarles justicia, se dió principio á la operacion. Pesóse el oro y la plata que resultaban despues de fundidos y aquilatados. Sacáronse primero los quintos reales, el importe de un donativo que ademas se hizo al Rey, la joya que llamaban del escaño, con otras que por su hechura ó por su singularidad se querian presentar enteras en la corte, los cien mil ducados de los Almagristas, y los derechos del quilatador, fundidor y marcador, con las costas de estas diferentes labores. El resto se repartió entre el general, capitanes y soldados, segun sus méritos y graduacion respectiva, ó segun las condiciones que cada cual habia ajustado en su contrata. Por lo mismo las porciones no tuvieron la igualdad que resulta en los historiadores cuando hacen esta regulacion, en la cual tambien difieren mucho entre sí. Pero de la acta judicial de repartimiento que va puesta á la letra en el apéndice ¹, se viene en conocimiento de que la parte de cada soldado de á caballo fué, generalmente hablando, de cerca de nueve mil pesos en oro y sobre trescientos marcos en plata, y la de cada infante con corta diferencia la mitad. Los capitanes y soldados distinguidos recibieron á proporcion: la parte de Pizarro subió á cincuenta y siete mil doscientos veinte pesos de oro, y dos mil trescientos cincuenta marcos de plata, sin contar el tablon de oro de las andas del Inca, que como general se adjudicó, valuado en veinte y cinco mil pesos. Botin pro-

¹ Véase el apéndice VI.

digioso, y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplar en la historia de estas correrías ó latrocinios que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad y á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecian; porque de todo esto habian hecho muestra en el grado mas alto; no ciertamente contra los hombres que poca ó ninguna resistencia les podian oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas mas crueles. Pero la opinion humana justamente guiada por la razon y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia, cuando es hija de la aplicacion, del talento y de la industria; ha marcado con el sello de su reprobacion eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.

Pizarro habia cumplido á sus compañeros la palabra que les habia dado de hacerles mas ricos que lo que ellos acertasen á desear. Faltábale hacerlo ver en América, y hacerlo ver en España. Para esto determinó enviar á su hermano

1. A la verdad, esta adquisicion de oro y plata en tanta cantidad no los hizo mucho mas ricos, á lo menos á los que quedaban en America. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habian de satisfacer. Una mano de papel valia diez pesos: unos borceguies treinta; una capa negra ciento: un caballo, tres, cuatro, y á veces cinco mil ducados. Los mercaderes solian comprar el oro de veinte quilates á catorce, el de catorce á siete: la plata valia tambien á este tenor: por manera que, los poseedores de riquezas tan grandes, apenas podian adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la mas mediana fortuna.

Hernando Pizarro para que llevase los quintos del Rey y el donativo que el ejército le habia hecho, con la relacion de todo lo sucedido, y del estado en que las cosas se hallaban. Iba tambien con el encargo de pedir para el gobernador y sus hermanos honras, dignidades y mercedes. El mariscal Almagro escribió tambien al Rey representándole sus servicios, y pidiendo en merced que se le diese la gobernacion de la tierra que estuviese mas adelante de la del gobernador Pizarro, con el titulo de Adelantado. Sin duda por consideraciones de cortesía y consecuencia dió la procuracion de este negocio á Hernando Pizarro: pero no confiando mucho ni en su buena voluntad, ni en su eficacia, dió al mismo tiempo poder secreto á sus dos amigos Cristóbal de Mena y Juan de Sosa que se venian á España, para que ayudasen á sus pretensiones, en el caso de que el primero las mirase con descuido. Hernando Pizarro partió acompañado de algunos capitanes y soldados, que cuerdamente resolvieron volverse á su patria á disfrutar en ella con sosiego de las riquezas que les habia proporcionado la fortuna. Llegaron á Panamá, y de allí se esparció por todas las Indias el crédito de los tesoros del Perú. Pasaron el mar, arribaron á Sevilla, y como eran tan altos los quintos del Rey, tan grandes los caudales que trajeron consigo los que se volvian, y tan crecidas las remesas que enviaban á sus familias los que se quedaban allá, hinchieron, como dice Gomara, la contratacion de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

o Distribuidos los tesoros del Inca, parecia